

Íñigo Calles, los paisajes incógnitos de la fotografía

Una obra de ambición temática en el expandido territorio creativo de lo fotográfico



RUBÉN SUÁREZ

Íñigo Calles. A cielo abierto

Fotografía. Galería Vértice.
Oviedo. Hasta septiembre

Íñigo Calles (San Sebastián, 1953) vive y trabaja en Oviedo y su trayectoria como fotógrafo, desarrollada antes en su ciudad natal y en Lanzarote, ha experimentado una importante proyección a través de distintas actividades y en particular exposiciones individuales y colectivas, ediciones y ferias de arte. En esa trayectoria ha resultado determinante su relación con la galería Vértice con la que ha participado en Arte Santander y Arte Lisboa y en ferias de fotografía como Estampa y Madrid Foto, en la que, en el año 2010 obtuvo el importante premio Acciona a la sostenibilidad. También en el espacio de Oviedo de esta galería presentó en el 2008 una destacada exposición.

En aquella muestra, titulada «Paisajes rebeldes», la fotografía nos situaba en escenarios en los que la naturaleza convivía con las ruinas de antiguas instalaciones industriales asturianas, talleres, lavaderos, recintos mineros o fabriles, entre cuyos restos pugnaba por florecer. Sobre el carácter documental que testimoniaba el desolado abandono y la vitalidad de la naturaleza reclamando su territorio, se planteaba una poética reflexión en torno a la relación entre el espacio y el tiempo, pero también, en los aspectos formales, suponía una muy significativa aportación en valores plásticos desde la técnica fotográfica.

Esta exposición de ahora supone sin duda un importante salto de calidad en la obra de Íñigo Calles, y eso ya desde el propio planteamiento de la nueva serie, «A cielo abierto», que es de notable



Obra de Íñigo Calles de la serie «A cielo abierto»

ambición temática y creativa. Se trata de una muestra que resulta bien reveladora de hasta qué punto la técnica permite una resolución verdaderamente espectacular en cuanto a la visualización, la configuración y el tamaño de la imagen fotográfica, y bien reveladora también de la capacidad de un artista para responder al reto que estas posibilidades ofrecen, en el cada vez más expandido territorio de la fotografía, con una obra tan impactante como la que nos ofrece.

Íñigo Calles nos introduce en incógnitos paisajes extremos, poderosas imágenes de tierra abierta, hendida, excavada o tallada, configurada por la acción de poderosas máquinas en la extracción de la piedra o el mineral. Minas de Río Tinto, canteras de Marés en Menorca, explotaciones de Tudela Veguín en Asturias... A cielo abierto, las entrañas de la tierra se ofrecen en dramática sublimidad, tremenda y romántica. En estas inmensidades las medidas terrenales parecen sin sentido, como sucede con la

figura incierta de un hombre, como milagrosamente existente, poco más que un punto con casco blanco en la enormidad de la foto de Tudela Veguín, que el espectador podrá ver con paciencia y un cuidadoso registro de la superficie.

Aunque las fotografías impresionen a primera vista conviene verlas de cerca, del mismo modo que se hace cuando uno quiere sentir mejor el gozo de la pintura, aunque sin tocar, por más que las calidades casi táctiles nos engañen en el «trompe l'oeil» del volumen. Así apreciaremos bien pliegues, dobleces, el fluir sobre lecho rojo-ocre-azulado de los ríos amarillos de Río Tinto, los volúmenes geométricos, constructivos de las canteras y la finura de repetidos signos estilizados, como gestos pictóricos en el corte de las piedras, torbellinos de relaciones abstractas y diminutas figuraciones entre la grandeza espectacular de estas fotografías, escenarios que en su abrumadora presencia adquieren la identidad de un subgénero del paisaje.

por LUIS
FEÁS COSTILLA



Hermoso testimonio de naturaleza descarnada

Crítica

EXPOSICIÓN: IÑIGO CALLES. A C ELO ABIERTO.

LUGAR: GALERÍA VÉRTICE, CALLE MARQUÉS DE SANTA CRUZ, 10 (OVIEDO). LUNES, DE 17.30 A 21 HORAS. MARTES A SÁBADOS, DE 11.30 A 14 Y DE 17.30 A 21 HORAS

CLAUSURA: 24 DE SEPTIEMBRE

El compromiso del fotógrafo donostiarra Iñigo Calles está en su testimonio lento y prolongado de las rivalidades entre la industria y la maleza, la posesión del territorio por parte de la humanidad, su reconquista por parte de la naturaleza, en series como la titulada Paisajes rebelados, expuesta hace tres años en esta misma galería Vértice que ahora acoge, bajo el título *A cielo abierto*, sus últimas aportaciones. La diferencia está en que, si entonces, lo que predominaba era el desmantelamiento industrial, las fábricas de explosivos extintas, los castilletes o los vestuarios mineros abandonados, con los matojos introduciéndose por los resquicios de baldosas y azulejos y las malas hierbas asomándose por entre las ventanas rotas, en las actuales lo que centra su atención es la actividad fabril a pleno rendimiento, las heridas abiertas en la tierra por enormes máquinas que extraen los minerales al tiempo que devastan el paisaje. A veces se cuele alguna pequeña planta, algún brote verde, pero lo que domina es la industria implacable, capaz de



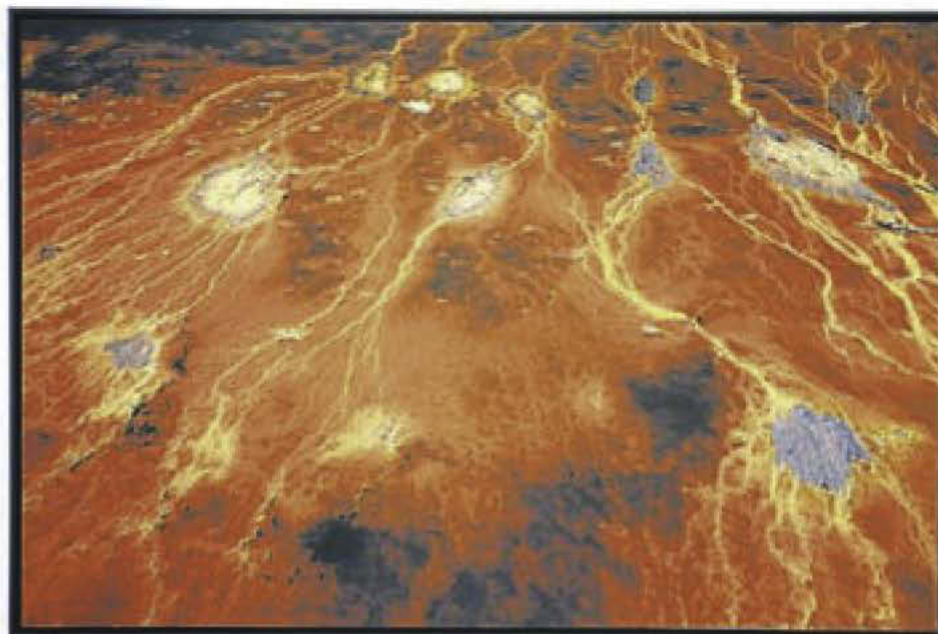
A CIELO ABIERTO

Una visitante contempla la obra fotográfica del donostiarra Iñigo Calles, unas instantáneas que muestran el rastro que deja en la Naturaleza la actividad de las industrias extractivas sin obviar la belleza de las rocas. PABLO LORENZANA

» LA OBRA

Cerro Colorado 1 (Iñigo Calles, 2010)

OVIEDO// Este fulgor del Río Tinto, de aguas transparentes y lecho teñido de púrpura, muestra bien la habilidad de Iñigo Calles para encontrar belleza en la tierra baldía, en la desolación de la mina, sin hurgar en la herida, capturando con su máquina lenta lo que el ojo presto apenas percibe. LUIS FEÁS



transformar lo que antes había sido montaña en un profundo agujero de naturaleza muerta, una inerte cantera que, tras la explotación, apenas queda reducida a roca y otros materiales estériles.

Como las reproducciones son en gran formato, en general sobre dibond, se aprecia hasta el más mínimo detalle de la iridiscencia de la mina, su diversidad multicolor, pese a la apariencia monótona y fría. Es estética sin esteticismo vacuo: la roca es bella de por sí, su textura ya viene enriquecida, los colores veteados alcanzan unas calidades que únicamente puede proporcionar la naturaleza inorgánica, impregnada por el transcurrir de los milenios, sin que la intervención humana haga más que dejarla al desnudo, descarnada. Iñigo Calles no denuncia, no se escandaliza, no se altera. Ofrece testimonio de que la mina también puede ser un monumento al trabajo laborioso, a la implicación necesaria, a la tarea ineludible. Y un bello ejemplo de la organización productiva, con taludes bien dispuestos y estructurados, en un orden perfecto. De lo que se trata es de mostrarlo todo, sin artificios ni engaños. Las imágenes, sean desde un punto de vista alejado o mucho más próximo, siempre tienen profundidad. No se pierden en un pictoricismo plano y frontal. Captan en todo momento el ángulo, la esquina, las líneas en fuga al reforzar la sensación de realidad sin diluir la fruición visual.

TESTIMONIAR LA REALIDAD

Luis Feás Costilla

Si le preguntas a Iñigo Calles si ha sacado alguna fotografía del reciente movimiento ciudadano que ha tomado los espacios públicos de las ciudades españolas, como la plaza de la Escandalera de Oviedo, contigua al piso en que vive, responde rápidamente que no, que no es lo suyo, aunque simpatice claramente con sus reivindicaciones democráticas. Su compromiso como fotógrafo está en otra parte, en el testimonio lento y prolongado en el tiempo de las rivalidades entre la industria y la maleza, la posesión del territorio por parte de la humanidad, su reconquista por parte de la naturaleza, conforme al dicho oriental de “mil años ciudad, mil años bosque”. Es un asunto que ha interesado a otros muchos artistas, como el pintor asturiano Carlos Sierra, que retrató con su pincel fidelísimo la casa en ruinas de sus antepasados, y que al fotógrafo de San Sebastián le ha inspirado series como la titulada *Paisajes rebelados*, expuesta hace tres años en esta misma galería Vértice que ahora acoge sus aportaciones más recientes.

El asunto, premiado en MadridFoto, le ha servido para nutrir también un hermoso libro, *Paisajes de la industrialización asturiana*, editado en 2009 por la Consejería de Medio Ambiente, Ordenación del Territorio e Infraestructuras del Principado de Asturias, que recogía buena parte de las tomas que ya habían sido exhibidas. La diferencia con respecto a las fotografías que aquí se presentan está en que mientras en las anteriores lo que predominaba era el desmantelamiento industrial, las fábricas de explosivos extintas, los castilletes o los vestuarios mineros abandonados, con los matorrales introduciéndose por los resquicios de baldosas y azulejos y las malas hierbas asomándose por entre las ventanas rotas, en las actuales lo que centra su atención es la actividad fabril a pleno rendimiento, las heridas abiertas en la tierra por enormes máquinas que extraen los minerales al tiempo que devastan el paisaje. De vez en cuando se cuele alguna pequeña planta, algún brote verde, pero lo que domina es la industria implacable, capaz de transformar lo que antes había sido montaña en un profundo agujero de naturaleza muerta, una inerte cantera que, tras la explotación, apenas queda reducida a roca y otros materiales estériles.

Una tierra baldía que, sin embargo, es muy hermosa, en su desolación, y ahí es donde interviene el fotógrafo, capaz de capturar con su máquina lo que el ojo presto apenas percibe. Iñigo Calles emplea varias tomas para captar un mismo paisaje, que luego ensambla y reconstruye con una fidelidad fuera de toda duda. Como las reproducciones son en gran formato, en general sobre dibond, se aprecia hasta el más mínimo detalle de la iridiscencia de la mina, su diversidad multicolor, a pesar de la apariencia monótona y fría. Sean desde un punto de vista alejado o mucho más próximo, las imágenes siempre tienen profundidad, pues no se pierden en un pictoricismo plano y frontal sino que captan en todo momento el ángulo, la esquina, las líneas en fuga, que refuerzan la sensación de realidad sin diluir la fruición visual. Es estética sin esteticismo vacuo: la roca es bella de por sí, su textura ya viene enriquecida, los colores veteados alcanzan unas calidades que únicamente puede proporcionar la naturaleza inorgánica, impregnada por el transcurrir de los milenios, sin que la intervención humana pueda hacer más que dejarla al desnudo, descarnada.

Y es aquí donde se retoma el discurso sobre el compromiso del principio: Iñigo Calles no denuncia, no se escandaliza, no se altera. Lo que tenga que suceder, sucederá. Él únicamente ofrece testimonio, y las minas *a cielo abierto* (este es el título de la serie) también pueden ser un monumento al trabajo laborioso, a la implicación necesaria, a la tarea ineludible. Y un bello ejemplo de la organización productiva, con taludes bien dispuestos y estructurados, en un orden perfecto. Si luego hay que iniciar su restauración y compensar los daños y las molestias causadas, ya se verá. Por ahora es suficiente con mostrarlo todo, sin artificios ni engaños. Es lo mismo que han estado haciendo los jóvenes que en estos días han tomado las calles: contar la realidad, manifestar lo evidente, decir verdades de Perogrullo, unidos tan solo por el sentido común. Sin necesidad de más. Y las cosas, es de esperar, acabarán cayendo por su propio peso.

LA BELLEZA DE LA DESTRUCCIÓN

A CIELO ABIERTO

9 octubre, 2012 · de artefanatika · en ¡Lo que hay que ver! ·

Nuestra visión sobre el paisaje, el que estemos donde estemos, cada uno contemplamos, es totalmente subjetiva. Primero porque lo observamos desde nuestro propio filtro, lleno de convicciones y sentimientos. Y segundo porque no es otra cosa que el producto y la consecuencia de la ancestral relación del ser humano con el medio.

Desde antiguo, las sociedades han necesitado de la naturaleza como espacio de desarrollo y supervivencia, aprovechándose del medio y de los recursos que este le ofrecía. Pero se trataba de una relación de dependencia, por lo que mantenían unos límites para no llegar al punto sin retorno que supondría poner en peligro su propia subsistencia.

Hoy en día ya se han sobrepasado esos límites irreversibles convirtiendo ese vínculo en una desigual correspondencia. No respetamos los ciclos, no damos en función de lo que recibimos, no curamos las heridas que infligimos, explotamos y alteramos un paisaje que es la memoria y el testimonio tangible de las sociedades que lo transformaron y la herencia que por derecho tienen las generaciones venideras.

El desarrollo industrial, la prepotencia del ser humano, su capacidad para generar unas necesidades que no son tales, sus ansias de demostrar que está por encima de las propias fuerzas de la naturaleza, han roto la armonía y el equilibrio, amenazando hábitats y entornos.

Y ante eso, mostramos un evidente rechazo, porque como decíamos, nuestra mirada no es objetiva. Directa o indirectamente partícipes de esa "transformación", nos hastía y desagrada ser conscientes del daño y las heridas infringidas, de la destrucción. Por eso nunca nos podríamos llegar a plantear que esa parte poco noble de nuestra condición, esa desolación provocada y artificial, pueda tener un lado estético o incluso bello. Y mucho menos que una imagen pueda llegar a transmitirnoslo.

El fotógrafo Íñigo Calles presenta en la Sala 1 de la Galería Vértice de Oviedo, su serie "A cielo abierto", centrada no en un pasado de ruinas fabriles sobre el que el medio natural emerge triunfante como lo fue "Paisajes rebeldes", sino precisamente en ese paisaje a priori desolador, fruto de una actividad industrial candente, cercana y real.

Las lesiones abiertas, las heridas sangrantes de una naturaleza mutilada que conforma paisajes truncados, se transforman a través de la lente del artista en armonía pura. Calles es solo un observador más, no denuncia, solo documenta, enseña y nos ofrece su visión a través del objetivo, el atractivo de un paisaje que antes no nos causaba más que rechazo. Consigue extraer la belleza y el equilibrio de la absoluta destrucción y no solo eso, sino que además la experimentemos.

La serie está formada por imágenes de gran formato sobre dibond, formadas por varias tomas perfectamente ensambladas, capturadas en varias explotaciones a cielo abierto, canteras y minas vivas. En ellas, las características de cada método de explotación se convierten en un recurso estético, la extracción en un proceso delicado, la infraestructura en un marco incomparable y la escala casi se diluye por completo.

La grandeza y la enormidad de estas explotaciones se transforman en sutileza pura y de no ser por la referencia que el fotógrafo siempre incluye en sus imágenes, se nos escaparía totalmente. Por eso el perfil de una figura humana perdida en la magnitud del lugar, una máquina excavadora, un pájaro... nos dimensiona el espacio y nos introduce en su inmensidad.

La cantera de Tudela Veguín en Asturias, la cantera de piedra de Marés en Menorca, la mina Santa Lucía en León, la mina de pizarra en La Baña, las canteras de mármol en Algueña, Alicante, o la mina de Tharsis, el cerro colorado y la corta Peña de Hierro de las minas de Río Tinto en Huelva son algunos de los escenarios escogidos.

En cada uno de ellos potencia la riquísima gama cromática de los materiales, su textura y cada detalle oculto en las entrañas de la tierra descarnada, pero sin artificios. Se trata, sin más, del atractivo y la lindeza de la naturaleza, la pureza de su composición es tal, que resiste al daño causado y destaca por encima de sus mutilaciones.

A cielo abierto

Del 16 de junio al 24 de septiembre de 2011, Galería Vértice. Sala 1

Paisajes «a cielo abierto»

Ínigo Calles presenta sus últimas fotografías en Vértice

M. S. MARQUÉS

La transformación del paisaje a partir de la actividad industrial del ser humano está en la base de las fotografías que Ínigo Calles presenta en la galería Vértice de Oviedo. Con las canteras como principal foco de atracción, muestra un conjunto de imágenes de diferentes formatos y gran calidad que dejan a la vista la huella humana en entornos cuya belleza se resiste a desaparecer.

Premio de fotografía Acciona sobre sostenibilidad en la pasada edición de Madridfoto 2010, Calles ofrece en «A cielo abierto» catorce fotografías en color con elevada presencia de ocres y dorados. Frente a su anterior muestra, centrada en territorio asturiano, en ésta el fotógrafo ha abierto el campo de actuación para recoger imágenes en muy distintos lugares de España. «Voy buscando hasta que encuentro algo que me interese. De repente ves algo que te sorprende y comienzas a hacer fotos hasta que consigues la que quieres».

Ínigo Calles desecha mucho, no busca la belleza de la imagen pero en muchas ocasiones la consigue. Aunque lo considera un reto, el color se acaba convirtiendo en un aliado para mostrar las heridas de la naturaleza o la impresionante presencia de las rocas cortadas por las grandes máquinas de las que consigue un efecto plástico con gran atractivo.

Fotógrafo autodidacta, trabajó algún tiempo en blanco y negro. También se interesó por el retrato, una línea que le sigue interesando aunque hace tiempo que no frecuenta. Para Calles «A cielo abierto» es una serie «semilla», término con el que se familiarizó durante la realización de un taller con Oscar Molina, que calificaba de «semilla» la fotografía que sirve para descubrir un nuevo trabajo. Eso fue, precisamente, lo que le ocurrió a Calles en su anterior exposición «Paisajes Rebelados» donde se encontró con el retrato de una cantera que acabó siendo el germen de esta muestra.

Ahora, las canteras, las minas a cielo abierto y otras explotaciones sirven con su testimonio para crear una obra que habla por si sola del deterioro del entorno.

Miércoles 20 de Junio de 2012

/ [Asturias](#)

CANTERAS DE BELLEZA, PANORAMAS BAJO UN TECHO

19/06/2011 02:34 / JUAN CARLOS GEA / OVIEDO

Poco parecen tener, en principio, en común las dos exposiciones individuales con las que la galería Vértice continúa la programación del año en que se cumplen veinte de su fecunda andadura.

En A cielo abierto, el fotógrafo donostiarra residente en Asturias Íñigo Calles (1953) profundiza su atracción por los entornos industrializados mediante una serie dedicada a canteras y explotaciones mineras a cielo abierto. Y, sin embargo los dos artistas parecen compartir un interés de fondo: documentar el efecto de la acción del ser humano sobre su medio y mostrarla, de un modo u otro, como paisaje. Ese interés es obvio en el caso de Calles, que concentra un arsenal técnico tan meticuloso como apabullante en la captura de escenarios que se mantienen en el filo de una rica ambivalencia: épicas demostraciones del poder reconfigurador de la tecnología humana, o mutilaciones masivas del medio natural, desbastado por el apremio de la economía.

Pero acaso no sean esas las mejores claves para introducirse en A cielo abierto. Lo que cuenta es la belleza: no de las representaciones fotográficas sino de los propios paisajes, con independencia de su origen natural o artificial. El sobrecogimiento puramente estético que provocan los patrones geométricos o las insólitas calidades del color del mineral disuelven esa distinción, del mismo modo que borran en algunos casos las escalas entre lo monumental y lo abstracto, la delicadeza de una textura o el peso de lo sublime aplastando al ser humano como lo podría hacer igualmente un paisaje de Friedrich.

Domingo, 26 de Junio de 2011 15:37 Noemí Camblor - TalentyArt.com

Galería Vértice, un espacio en la **capital asturiana** que nos tiene acostumbrados a una gran **calidad** de todos los autores que pasan por sus salas. Sin ir más lejos, a la exposición de Isabel Cuadrado, la acompaña otra de **Iñigo Calles**, bajo el título ***A cielo abierto***: un trabajo fotográfico impresionante por el resultado y por sus protagonistas: enormes canteras, poderosas piedras... e imponente silencio que deja enquistado el estruendo, al callar las minas.

Lugar: Galería Vértice, Oviedo. **Fechas:** del 16 de junio al 24 de septiembre de 2011.

Más info: [Galería Vértice](#),